

“Eso era lo normal”. Ser niño en dictadura: un debate sobre la subjetividad y la política.

Llobet, Valeria. - valeria.s.llobet@gmail.com

Centro de Estudios sobre Desigualdades Sujetos e Instituciones (CEDESI) / Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) / CONICET

Recibido: 01-05-2016.

Aprobado: 06-10-2016.

Resumen: El artículo se enmarca en los debates sobre la memoria del pasado reciente y que problematizan los modos con los que las nuevas generaciones han podido vincularse con el pasado reciente y sus implicaciones subjetivas, éticas y políticas. El planteamiento parte de la cuestión ética sobre el lugar del testimoniante y las voces que se reconocen como legítimas en la transmisión, para centrarse en las dimensiones subjetivas y afectivas de la relación con el pasado en clave generacional. Se parte de la pregunta por las formas en que lo dictatorial emergía en la vida cotidiana desde el lugar de quienes fueron niños. En tanto las relaciones generacionales ponen en relieve el tono afectivo y el valor identitario de las interpretaciones políticas y éticas sobre el pasado, se argumenta que las sensibilidades y afectos movilizados en la trama biográfica y filiatoria enmarcan la producción de sentido sobre la experiencia. Para ello se realiza un recorrido que recupera aristas del espacio de experiencias construidas como memoria biográfica por personas que vivieron su infancia durante la última dictadura militar en Argentina y cuyas familias no fueron ni “víctimas directas” ni perpetradores.

Palabras Clave: Postmemoria; Generaciones; Afectividad; Infancia

Abstract: This article is part of the debate on the memory of the recent past and that problematizes the modes with which new generations have been able to connect with the recent past and its subjective, ethical and political implications. The argument starts with the ethical question about the place of the testifier and voices that are recognized as legitimate in their communication, in order to focus on the subjective and affective dimensions of the relationship with the past in an intergenerational context. The work is based on a questioning of the ways in which the dictatorship emerged in quotidian life from the point of view of those who were children at the time. To the extent that generational relationships illustrate the affective tone and the identitary value of political and ethical interpretations about the past, I argue that sensibilities and attachments mobilized in the biographical and filial narrative frame the production of meaning about experience. To this end, I undertake a review that recovers the edges of the space of constructed experiences such as biographical memory for people who lived their childhoods during the last military dictatorship in Argentina and whose families were neither “direct victims” nor perpetrators.

Keywords: Postmemory; Generations; Affects; Childhood

“Los hechos posteriores han deformado hasta lo inextricable
el recuerdo de nuestras primeras jornadas”
El Aleph, Jorge Luis Borges.

Introducción

La experiencia infantil durante la última dictadura ha comenzado a ser explorada tan sólo recientemente. Hijos e hijas de desaparecidos, de militantes revolucionarios, y también de militares han comenzado, en la última década, a procesar la experiencia indecible del horror de la última dictadura militar en Argentina mediante novelas, compilaciones testimoniales y films. Sus preguntas señalan la dramática del procesamiento de los modos en que lo dictatorial devastó las relaciones intergeneracionales, en particular

paterno-filiales, y permitieron al conjunto social un posicionamiento ético frente al pasado y a los crímenes de la dictadura.¹

El carácter inconmensurable del sufrimiento de quienes sólo treinta o cuarenta años después, han comenzado a encontrar los restos de sus padres o madres hasta entonces detenidos-desaparecidos, tal vez explique porqué, en el renovado conjunto de las interrogaciones académicas recientes sobre las dimensiones sociales, culturales y políticas de la última dictadura, esta dimensión generacional es aún incipiente. De hecho, la forma más sistemática de abordar tal dimensión generacional ha sido, en nuestro medio, a través de preguntas por la transmisión, en particular alrededor del papel de la escuela (Lorenz, 2004; Raggio, 2005). La relación con el pasado es así problematizada a partir de la articulación entre verdad y justicia, como contenido histórico o como memoria que puede conducir a la subjetivación política de los jóvenes y la consecuente búsqueda de justicia. En cierto sentido, estos debates construyeron la memoria del pasado y su transmisión como una operación fundacional de la justicia y la política, legando a las nuevas generaciones un futuro en permanente relación con ese pasado, y posibilitando un posicionamiento ético e institucional alrededor de los crímenes de la dictadura.

En los estudios sobre el Holocausto / la Shoá, estos debates han tomado forma articulados al concepto de postmemoria (Hirsch, 1997) problematizando, mediante su uso, los modos en que las nuevas generaciones han podido vincularse con un pasado no vivido y así, hacerse cargo, subjetiva y políticamente, del sufrimiento protagonizado por las generaciones precedentes. Subyace en estos planteos una pregunta ética por el lugar del testificante y por las voces legítimas en la transmisión hacia el futuro del legado de las víctimas (Radstone, 2008).

No obstante, el trabajo de posicionamiento subjetivo presenta dilemas a la hora de pensar la transmisión, que no encuentran plena satisfacción desde el punto de vista de la

¹La experiencia devastadora de la desaparición de los padres da basamento a preguntas sobre cómo se transmitió lo imposible de narrar y simbolizar, qué trabajos subjetivos impone la desaparición de uno o ambos padres o el exilio temprano, de qué maneras estas experiencias subjetivas conforman un sujeto político, una biografía, dan forma a la memoria colectiva, establecen posiciones de enunciación sobre el pasado. Gabriela Fried(2011) por ejemplo, enfocó en la transmisión intrafamiliar de la desaparición y Gabriel Gatti (2008) analizó el impacto identitario de la desaparición desde la perspectiva de ser hijo de desaparecidos, ambos para el caso uruguayo.

postmemoria. A su vez, quienes crecieron (crecimos) durante el régimen dictatorial no constituimos una “generación postdictadura” (Ros, 2012; Serpente, 2011, Kaiser, 2005) de pleno derecho, y las nociones complementarias de “generación 1.5” (Levey, 2014) resultan relativamente insuficientes para explorar esa posición. Así, surgen cuestionamientos sobre quién transmite ¿se trata en efecto de una “generación post” que actúa “pasando un legado” recibido?, qué se transmite ¿narraciones de experiencias de primera mano o memorias “de otros”?, y para qué ¿para no repetir?, ¿para no olvidar y dejar una advertencia hacia el futuro? En este trabajo el foco se centra en esas dimensiones subjetivas y afectivas de la relación con el pasado en clave generacional.

Me propongo aquí presentar un recorrido que recupere algunas aristas del espacio de experiencias construidas como memoria biográfica por personas que vivieron su infancia durante la última dictadura militar en Argentina, y cuyas familias no fueron ni “víctimas directas”² (es decir, no vivieron la represión, el exilio o la desaparición de alguno/s de sus miembros) ni perpetradores (miembros activos de las fuerzas de seguridad involucrados en secuestros, tortura y asesinato). Para ello, realicé historias de vida tópicas a 47 personas nacidas entre 1966 y 1972,³ que hubieran vivido en una ciudad mediana del interior,⁴ o en el área metropolitana de Buenos Aires, tanto en la entonces Capital Federal

² El entrecomillado quiere señalar una posición de distanciamiento crítico con la idea de que la afectación haya estado circunscripta a las personas y familias víctimas de actos represivos.

³ Los sujetos fueron seleccionados procurando redes de relaciones distanciadas en dos o tres grados, aunque también entrevisté a personas conocidas. Utilicé también Facebook con una convocatoria abierta, y realicé algunas conversaciones grupales por esa vía. Las entrevistas tuvieron en promedio dos horas de duración, fueron grabadas y analizadas con auxilio del Atlas-Ti. Si bien el eje principal de diferenciación para componer el corpus es la doble tensión entre metrópolis – interior y presencia / ausencia de hechos de violencia revolucionaria y despliegue represivo, se genera un problema al intentar establecer el tamaño del corpus. En efecto, si de plano está descartada la representatividad estadística por ser irrelevante para la pregunta de investigación, la representatividad teórica puede hacer del tamaño del corpus algo inabordable para las posibilidades de esta investigación. Asimismo, el criterio de saturación no viene en auxilio, dado que el foco en las experiencias hace que muchas dimensiones sean rápidamente saturadas y no obstante, en ellas se desplacen diferencias sutiles, modos singulares de percepción, que se perderían como modulaciones subjetivas que enriquecen el trabajo.

⁴ Concepción del Uruguay, Entre Ríos, contaba con unos 60.000 habitantes en el censo nacional de 1980, y se encuentra en la frontera con la República Oriental del Uruguay. Con una población mayoritariamente descendiente de inmigrantes (italo-suiza, alemana y judía, además de las tradicionales ramas migratorias italiana y española) se ubica en una región caracterizada por la presencia de cooperativas, temprana escolarización masiva de la población, una también temprana secularización, marcada por el primer registro civil del país y un importante pluralismo religioso y político. La elección de esta ciudad tiene que ver con la inexistencia de hechos de violencia política o dictatorial explícitos, ni antes ni durante la dictadura, aunque

como en el Gran Buenos Aires. A partir de las narrativas de las y los entrevistados y de las fuentes secundarias exploradas,⁵ revisaré las maneras en que los sujetos analizan la posición y las acciones de padres y madres durante la dictadura; el modo en que construyen su inscripción en una genealogía y reconstruyen el lazo filiatorio a partir de su propio conocimiento de la amplitud y profundidad de la dictadura; y finalmente, en el modo en que piensan la relación con los que son, hoy, niños.

El juicio crítico y distanciado que resulta nítido respecto de los crímenes del aparato represivo,⁶ se ve complicado al llegar a las minucias concretas en que se desplegaba la dictadura en la vida cotidiana, con su tono menor. Aquí, las relaciones generacionales y paterno-filiales ponen de relieve el tono afectivo y el valor identitario de las interpretaciones políticas y éticas sobre tal pasado, y al hacerlo, contribuyen a desestabilizar los límites entre lo privado y lo político. Complementariamente permiten, estimo, revalorizar el papel político de los niños, y conectar con los debates del presente en relación con la memoria de la dictadura. Creo que la pregunta por la memoria de la experiencia infantil durante la última dictadura militar, de niños/as cuyas familias no eran perseguidas políticamente ni formaban parte del aparato represivo, puede echar nueva luz a estas tensiones.

Para poder enfocar en estos ejes, es necesaria una visión crítica sobre los estudios que asumen que quienes fueron niños durante aquel momento histórico –o en general, en cualquier coyuntura histórica– sólo acceden a un sentido político de su experiencia a posteriori, ya sea por una limitación cognitiva propia del momento del desarrollo, como por su confinamiento al ámbito privado. Pero la incompreensión y/o la lejanía respecto del

hay 13 personas nativas de la misma detenidas-desaparecidas, y el hecho de haber crecido la autora en ese lugar. La presencia permanente del ejército en la trama civil durante la dictadura fue una de las razones anexas para la selección.

⁵Tanto correspondencia facilitada por los entrevistados, como las novelas mencionadas al inicio, entre las que destacan: *La casa de los conejos*, de Laura Alcoba; *Pequeños Combatientes*, de Raquel Robles; *Una muchacha muy bella*, de Julián López; *Quién te crees que sos*, de Angela Urondo; *Los Topos*, de Felix Bruzzone, y films tales como *Infancia Clandestina* (Benjamin Ávila), *Los rubios* (Albertina Carri), *Machuca* (Andrés Wood), *El Edificio de los Chilenos* (Macarena Aguiló), entre otros.

⁶Desde el primer juicio a los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas en 1985, el accionar de las bandas represivas salió a la luz impactando en una sociedad que se presentaba como ajena a la desaparición de alrededor de 30.000 personas, la tortura sistemática, los más de 300 campos de concentración distribuidos en el país, el exilio de miles de personas y el robo de bebés.

universo político y moral de los mayores, no implican que no se delineen sensibilidades y se movilicen afectos que enmarcan la producción de sentido sobre la experiencia.

Es fructífero entonces preguntar por las relaciones permeables a los valores autoritarios, y por las formas en que lo dictatorial emergía en la vida cotidiana desde el punto de vista de quienes fueron entonces niños. Esto es, si los niños accedían a la “materia” social y política, incluso si de manera fragmentaria, es porque lo dictatorial no constituía un dominio de relaciones sociales y políticas discreto, un ámbito de memoria y experiencia distinto y aislable (Stoler, 2010). Pensar a los niños de familias no perseguidas como “protegidos” en el ámbito privado o “aislados” del contexto implica a su vez naturalizar la familia y deshistorizar la sensibilidad y afectividad con que se construyen las relaciones filiatorias e intergeneracionales.

Se trata de un trabajo de memoria de actores cuya mirada sobre aquellos años se construye desde una posición a la vez *distanciada* pero *experiencial* que permite historizar la experiencia infantil en un momento *oscuro* y debatir el carácter de la relación de los entonces niños con el contexto, considerando especialmente el papel de sus familias. Ese trabajo de historización implica posicionarse en relación al pasado y respecto del futuro, requiere de la creación de un marco ético-temporal en el que lo apropiado o inapropiado del juicio o su suspensión se trama con los lazos familiares y afectivos.

Excursus: recordar, cuarenta años después

Como señaló Vezetti, “la memoria no es un registro espontáneo del pasado sino que requiere de un marco de recuperación y de sentido en el presente y un horizonte de expectativa hacia el futuro” (2007: 3). El momento presente, cuarenta años después del inicio de la última dictadura militar, es también el del cuestionamiento de una política de la memoria, ante la cual comienza a alzarse una desembozada demanda de retaliación, que presenta narrativas alternativas frente al pasado. Este complejo momento hace pesar nuevamente, sobre las demandas de derechos humanos, una sombra de supuesta parcialidad, y reclama estatuto de victimarios para aquellos militantes que sobrevivieron a

la masacre perpetrada por el Estado dictatorial.⁷ No voy a centrar este problema en el esquema que replica lo que “el público” ha dado en llamar la “narrativa oficial”, hoy cuestionada, al que se opone una contra-narrativa insidiosa.⁸ La relación compleja entre la memoria singular, la narrativa social sobre el pasado, y los relatos institucionales, presenta hiatos y múltiples temporalidades que tanto suponen el surgimiento de procesos de transformación como movimientos reaccionarios. En un contexto en el que lo que se pretende es impugnar lugares de enunciación, una reflexión amplia sobre la violencia social e institucional que tuvo su epítome en la última dictadura se ve, creo, sumamente dificultada.

El proceso de establecimiento de una política de la memoria (cuya vinculación con las políticas de derechos humanos es, en el contexto argentino, un logro de la democracia) implica la construcción social de un relato que dialoga con la memoria social. La investigación que hace marco a este texto procura ahondar y horadar la idea de la existencia de un relato unívoco, tanto de la inocencia social, como de la ignorancia colectiva, como del acuerdo pleno con las demandas de derechos humanos. Lo hace reponiendo, a partir de las minucias cotidianas que constituyeron la experiencia infantil de

⁷ En su trabajo sobre el discurso institucional del Ejército, Agustina Salvi señala que: “La consigna “Memoria Completa” reforzaba la imagen de una institución victimizada y damnificada por la violencia del pasado y relativizaba y obliteraba lo actuado por los cuadros del ejército durante el terrorismo de Estado. De este modo, el ejército se presentaba como una víctima más de la violencia de los 70’. Aunque para ello, fue necesario desterrar de los recuerdos de la institución y de sus prácticas conmemorativas tanto a los hechos como a los oficiales que propiciaron el golpe de estado y, de este modo, continuar evocando la “lucha contra la subversión” a partir de la figura de los oficiales caídos en manos de las organizaciones armadas. En otras palabras, la consigna “Memoria Completa” produjo un cambio en el discurso institucional del ejército, reemplazando el relato triunfalista y glorificante que de la “la victoria en la guerra antisubversiva” por un relato dramático del sufrimiento y dolor de los oficiales y sus familias como víctimas de una “guerra fratricida” (Salvi, 2016).

⁸ Me refiero no sólo a las posiciones públicas de agrupaciones como Argentinos por la Memoria Completa, sino también a los debates que, alrededor del 24 de marzo de 2016, se dieron en torno a instalaciones en el Parque de la Memoria y el supuesto “relato kirchnerista” que produjo el Grupo de Artistas Callejeros en 1999, las impugnaciones supuestamente éticas que desde medios de comunicación como La Nación y Clarín se hicieron a organismos de derechos humanos (por ejemplo: “Es necesario que haya nuevos organismos de Derechos Humanos” de fecha 26 de marzo, firmada por Alfredo Leuco para el Diario Clarín) así como a las declaraciones del entonces Ministro de Cultura de la CABA, Darío Lopérfido, quien señaló como mentirosa la cifra de 30.000 detenidos-desaparecidos, y acusó a familiares e hijos de haber fraguado la misma para poder acceder a las compensaciones económicas estatales.

la generación que creció durante la dictadura, la coexistencia de diversos registros del pasado, la persistencia de narrativas múltiples, que se recuperan en los silencios articulados en los modos de recordar las posiciones de los padres en tensión con las narrativas socialmente aceptadas. En otras palabras, “La rectificación simbólica del pasado operada por la primera experiencia democrática no cancela un trasfondo más permanente, un imaginario sustantivo hecho de narraciones que se han mostrado relativamente impermeables a la experiencia” (Vezetti, 2007: 35).

A partir de la memoria de las experiencias infantiles, es posible desplazarnos de la visión reduccionista de una sociedad víctima (la vieja metáfora de la dictadura como ejército de ocupación) o una sociedad ideológica y culturalmente de acuerdo con la violencia dictatorial (como la que se desliza en trabajos recientes como el de Carassai, 2013), para comprender las intrincadas formas en que lo dictatorial se tornaba el escenario de la vida cotidiana, y abrir preguntas sobre lo social como escenario de los procesos represivos, y sus resonancias subjetivas y éticas.

El punto de mira, los relatos de personas que fueron entonces niños, pero que no integran familias con detenidos-desaparecidos o exiliados en el núcleo primario, ni con personal de fuerzas de seguridad en actividad, es propicio por dos razones. En primer lugar, porque permite avanzar en la comprensión de la productividad de lo infantil para iluminar procesos socio-históricos desde perspectivas diferentes de las adultas. En segundo, porque quienes fueron entonces niños tienen una relación de mayor distancia con una responsabilidad que para los adultos sería ineludible. En contraposición, presenta el peligro potencial de abonar a una inapropiada extensión de la idea de víctima: el “nos pasó a todos”, implícito en el tratamiento de los testimonios como equivalentes, puede conllevar el riesgo del gesto narcisista de quien coloca su experiencia biográfica en un plano de igualdad con otras voces, en especial las de los hijos e hijas de desaparecidos. No es este el lugar que procuro para estos testimonios. De hecho, la decisión metodológica de no ofrecer un tratamiento singularizado a testimonios específicos, sino presentar los aspectos generales que permiten ofrecer de manera estilizada los modos de entender las acciones e inacciones de la generación de los padres, quiere responder a este problema.

Tampoco se trata aquí de reponer una nueva dimensión de verdad histórica objetiva. En efecto, conviene recordar con Portelli (2007) que la historia oral, cuya fuente verídica es el relato de la experiencia de un sujeto, es una puerta a la subjetividad y no a una narración sobre “los hechos”. La memoria hace presente al pasado (Traverso, 2011) y presenta, en su lógica narrativa, la rugosidad subjetiva de lo vivido, sin desentenderse del mundo social.

No obstante la afirmación sobre el agotamiento del testimonio, su excedencia en el debate sobre la dictadura (Sarlo, 2002), su insuficiencia como fuente por su carácter tanto subjetivo como en cierto punto ficcional, creo que la exploración de lo que nos puede aportar la exploración de la mirada infantil recuperada por los hoy adultos es productiva para la comprensión del pasado reciente.

Este texto, entonces, procura reponer una/s memoria/s de las minucias cotidianas que constituyeron una experiencia “generacional”, y recuperar la densidad subjetiva de la idea del terrorismo de Estado. Como señala una de las entrevistadas: *“creo que hemos perdido el impacto de que el Estado sea el terrorista. Es decir, la fatalidad no sé si hemos logrado transmitirla como una cuestión nueva a mirar”*.

Los niños, la política y la vida familiar

La infancia representa un problema político, es una superficie política donde es posible disputar modelos de sociedad, y las políticas represivas, educativas y culturales de la última dictadura así lo confirman. La educación, formación y “purificación” de aquella generación de “niños comunes”, de familias “normales”, que no hicieron parte de la participación política revolucionaria, constituía un núcleo político central. Múltiples fueron las formas en que ese foco se evidenciaba, desde las declaraciones de jefes militares alrededor del papel de la escuela, las políticas educativas expresas (desde censura de libros, incorporación de militares como profesores de educación física, implementación de

“Gendarmerías Infantiles”, etc.),⁹ y en general un texto moralista que señalaba la importancia de la autoridad paterna y la afectividad moralizante de la madre (Cosse, 2015; Filc, 1997) reunidos en un hogar en el que no se hable de política.

En la formación de tales niños cifraba la dictadura el éxito en su batalla cultural. La propia definición de lo infantil y los sentidos que adquiere en distintos contextos socio-históricos, las instituciones en las que se procesan sus variaciones, constituyen núcleos de contestación y debate político, incluso si subyacentes o “mudos”. Para Arendt (1993), por ejemplo, esta disputa política debía resolverse mediante la preservación de los niños en el espacio de la vida íntima, en el cual los adultos garantizaran para sí la conservación de la autoridad y la responsabilidad.

Desde inicios del siglo XIX la propia construcción del bienestar infantil se asoció con la exclusión de los niños de su membresía comunitaria y de su participación en la vida pública. Para Arendt considerar a los niños como “ciudadanos en desarrollo”, confinados a la intimidad, constituía de hecho una condición central para la vida política democrática. Lo privado, el espacio de mujeres, niños y servidumbre, es así naturalizado como el espacio de la necesidad y los afectos, que deben entonces dejarse fuera de la política. El tratamiento de los niños como actores sociales suele de tal modo ser enmarcado por ansiedades morales asociadas a las ideas complementarias de que en realidad los niños prefiguran adultos y la subjetividad se encuentra determinada plenamente por el desarrollo infantil.

La construcción política de una infancia confinada a la esfera familiar, segregada del ámbito político y de la vida económica, configura un eje de intervención estatal y filantrópico persistente desde finales del siglo XIX. A su vez, el establecimiento de estas ideas de infancia en lo privado/íntimo como modelo de infancia ideal, constituye un articulador a partir del cual establecer la subjetividad y construir sentido sobre la propia experiencia. Así por ejemplo, Adelheid Popp, dirigente del movimiento de mujeres socialistas austríaco, escribía a inicios del siglo XX, antes de la Primera Guerra Mundial: “mientras yo me sentaba sobre mi trabajo, alineando puntada tras puntada, ellos [los

⁹Es necesario destacar no obstante que tales políticas no alcanzaron el carácter extenso y totalizante de otros experimentos sociales autoritarios, como las Juventudes Hitlerianas, las Lebensborn, etc.

niños de la burguesía] jugaban... frecuentemente me embargaba un sentimiento de infinita amargura porque yo nunca disfruté los placeres infantiles ni la felicidad juvenil” (Citado en Maynes, 2008). Tendemos a leer este tipo de memorias como la comprobación de las miserables condiciones de existencia de “niños privados de infancia”, enfatizando así únicamente la dimensión individual y “victimista” de la compleja narrativa que Popp –al igual que sus contemporáneos- escribió como crítica social (Maynes, 2008). En este movimiento, la misma lectura invisibiliza el hecho que, en su presentación, por un lado Popp es una víctima, y al mismo tiempo se “presenta a sí misma como una poderosa niña de diez años” (Maynes, 2008), esto es, alguien dotado de agencia que despliega decididamente su potencia, en el ámbito socialmente constreñido de la clase obrera de la industrialización alemana de fines del siglo XIX, contribuyendo económicamente con su familia, fungiendo de “traductora” para su madre iletrada de los vericuetos de la burocracia germana –al igual que los contemporáneos niños migrantes.

Visible en su narración de sí misma, la agencia infantil es invisibilizada incluso, aparentemente, por la propia Popp, a pesar de que precisamente su reflexión sobre la injusticia de sus condiciones de vida, su sensibilidad hacia las desigualdades sociales que se encarnaban en su cuerpo doblado sobre la costura, cimentaron con posterioridad su propia militancia. De hecho, el trabajo de la historiadora Mary Jo Maynes permite entender hasta qué punto niñas (y niños) constituyeron importantes actores sociales de la emergente modernidad europea, actuando desde posiciones de relativa marginalidad, invisibilidad y falta de poder, esto es, constituyendo todo lo que supuestamente no es un actor social e histórico. Incluso la búsqueda de momentos de clara rebelión y gestos infantiles heroicos como indicios de agencia, conduce a invisibilizar la agencia infantil. Desde un punto de vista generacional, la noción de agencia es así deficitaria, capta sólo superficialmente el hecho que niños y niñas actúan desde posiciones de marginalidad y desigualdad de poder (Maynes, 2008). Esto es, las ideas sobre la distribución del poder entre generaciones invisibilizan los modos en que niños y niñas despliegan su agencia:

«el concepto de individuo inherente a la comprensión ideal-típica de actor social o histórico (...) es posicionado como todo lo que cualquier

niño, especialmente las niñas, se supone que no son: autónomo, impulsado por los imperativos de una elección racional, advertido de cómo funciona el mundo». (Maynes, 2008: 116).

Al mismo tiempo, el ejemplo analizado por Maynes nos permite preguntar porqué una líder socialista y feminista, abocada a la transformación social, deja intactas las ideas sobre el cuidado infantil y el papel de las madres en él, el lugar de los bienes y juguetes adquiridos en el mercado, y la idealización del tiempo de la infancia como dedicado al ocio y al juego. Ese carácter emocionalmente cargado de las ideas hegemónicas sobre lo infantil, sobre los cuidados familiares apropiados, abren un hiato complejo en los modos de inscripción de las relaciones sociales en la propia subjetividad.

En diálogo con las recientes exploraciones sobre el pasado dictatorial que ponen el foco en la vida cotidiana, parece útil incorporar una discusión sobre aquellos sujetos que la dictadura procuraba formar: los “niños comunes”. Esta pregunta no ha sido abordada desde los estudios de historia reciente ni desde el campo de estudios de infancia –al menos hasta donde he logrado explorar. Entre los escasos trabajos previos sobre la vinculación entre memoria e infancia,¹⁰ Carli señala la pertinencia de una perspectiva que permita historizar la infancia reconociendo los cambios en los vínculos intergeneracionales,

«de tal manera que el relato histórico articule los componentes heterogéneos del vínculo entre pares, generaciones y sectores sociales, en un mismo tiempo histórico y dé cuenta del difícil entramado entre aspectos sociales, económicos y culturales en la vida infantil».
(2011:11).

La reciente problematización de la memoria de la inmigración durante la infancia, ha mostrado también ser útil como medio para indagar sobre la subjetividad y el sentido de la historia (Bjerg, 2012). En suma, no se ha avanzado en problematizar la experiencia de

¹⁰ Los trabajos sobre la memoria infantil de procesos tales como la guerra o la dictadura, son igualmente aún un campo emergente tanto en la historia como en los estudios de infancia. El trabajo de Emmy Werner, en *“Through the eyes of Innocents: Children Witness World War II”* (2000) constituye uno de los pioneros en explorar, desde el punto de vista infantil, las formas en que los niños/as experimentaron “tiempos extraordinarios”.

niños/as cuyas familias no tenían trayectorias militantes de izquierdas ni fueron perseguidos durante la dictadura, que no obstante, constituyen los sujetos a los cuales la dictadura procuraba directamente modelar, como señalé antes.

Más que ahondar en una problematización de la memoria como dispositivo retórico y como instrumento de la investigación histórica, la memoria aquí es un pivote para desplegar una pregunta por la relación entre infancia, subjetividad y poder.¹¹ La recuperación de los procesos de producción subjetiva en las narraciones sobre la experiencia infantil en el contexto dictatorial, permitirán revisar la construcción de la infancia en la tensión entre dimensiones subjetivas y sociales, y entre dinámicas de reproducción social y de transformación o potencia instituyente, bajo la premisa de que la subjetividad nunca está desconectada de las formas de lazo social, “más precisamente, de las formas de poder ejercidas a través de esas diferentes formas de lazo social” (Lahire, 2007: 110).

En efecto, la inscripción de la memoria en el terreno de la subjetividad permite una mirada sobre los modos de presentación y construcción de sí, por la relación que el sujeto quiera establecer entre su posición y los hechos narrados, habilitando una pregunta por lo infantil, territorio siempre mítico y densamente simbólico. ¿Cuáles son los lugares de “lo infantil” desde el punto de vista biográfico, para pensar la subjetividad? Es decir, procuro articular una pregunta que excede el posicionamiento singular para conectar los horizontes compartidos de un momento histórico y de un grupo social, problematizando, espero, los modos de comprensión teórica de lo infantil.

Halbwachs y Coser (1992) habían señalado el papel central de la memoria y la transmisión en la producción de la continuidad y la identidad familiares, al igual que es señalado mediante las nociones de proceso identificatorio (Aulagnier, 1986) y novela familiar en psicoanálisis (Freud, 1996 [1908]), que harían de toda transmisión intrafamiliar un proceso en el que lo no dicho y la creación imaginaria son dinámicas centrales en el

¹¹ Si bien es probable que esta pregunta requiera de un trabajo sobre la agencia política infantil “en el presente”, al considerar la subjetividad en su dimensión historizada, y preguntar por la trama constructiva de las relaciones sociales autoritarias, el trabajo analítico de la memoria adquiere un doblez complementario, es una lupa sobre las huellas del pasado en el presente, y en tal sentido, parece útil para esta pregunta. Agradezco a Bárbara Sutton sus comentarios sobre este punto.

establecimiento de las memorias compartidas. El análisis desde el punto de vista de la narración del yo, el registro autobiográfico y los dilemas de la memoria y el olvido resultan de utilidad para tensionar, como señalan Arfuch (2014) y Carli (2011) los límites entre lo testimonial y su reconstrucción auto-biográfica. Si, como señalara Delany (1988) nadie nace como sujeto biográfico, será necesario establecer el contexto dialógico de la entrevista, en que tal narrativa biográfica es provocada y producida. La búsqueda y reconstrucción identitaria permite considerar la premisa psicoanalítica de la revocación de una temporalidad lineal y sucesiva, mostrando el interés de una lectura de la memoria como continuidad del pasado en el presente, lo que otorga a la labor de memoria antes que la posibilidad de sutura de una narración total, la posibilidad de religazón (Boero y Marguch, 2011), de reelaboración permanente, y de coexistencia de temporalidades.

El papel que en esa reconstrucción adopta la romantización del recuerdo de la vida cotidiana infantil “contrasta con la inquietud del descubrimiento” (Cosse, 2014), el vislumbramiento de la existencia de una violencia que asumirá toda su densidad en los procesos convergentes de la recuperación democrática y la adolescencia de los entrevistados.

Las recurrencias subjetivas, los gestos de rememoración, los dolores y enojos que despierta la interpelación provocada por la investigación y la entrevista, permiten advertir o sospechar esa trama de persistencias sensibles, emotivas, relacionales. El proceso de socialización, la educación y la vida cotidiana durante el tiempo dictatorial, son problematizados a posteriori, en un primer tiempo adolescente, y en una temporalidad posterior asociada a las transformaciones biográficas –rupturas familiares, procesamiento de las relaciones con los padres, etc.- y momentos políticos, mayormente variables para los entrevistados, con la excepción de la presencia insoslayable de las interpelaciones generalizadas provocadas por la narrativa institucional y las políticas de estado de los últimos gobiernos. En efecto, la producción de subjetividad de los hoy adultos implica insertarse en una trama nacional, local y familiar, pero también generacional, con la que son confrontados por la propia temporalidad histórica de los debates sobre el pasado.

Vivir en un frasco: los padres y la dictadura

La evaluación de la posición que madres y padres sostuvieron respecto de la dictadura está mediada por la afectividad entramada en las relaciones paterno-filiales, y por la sensibilidad política de las y los sujetos. Pero también adquiere matices específicos alrededor de eventos contingentes y peculiares de la trama familiar (tales como el divorcio de los padres, la muerte de algún familiar, o el nacimiento de un hermano/a) la edad de los padres en el presente, y una posición más o menos explícita en relación con la política de derechos humanos, ya sea relativa a los juicios y condena a los perpetradores de crímenes de lesa humanidad, como a los tópicos que se asocian a estos temas en el discurso social (paradigmáticamente, el “problema de la inseguridad” y sus reverberaciones relativas a los “derechos humanos para los criminales y no para la gente”, como repetían los periodistas de matutinos radiales y televisivos hasta el hartazgo).

Los testimonios de las personas entrevistadas registran un amplio espectro de posiciones de sus mayores sobre la dictadura. Hay quienes retratan a sus padres “viviendo en un frasco”, ajenos e ignorantes de lo que estaba aconteciendo. Otros los recuerdan “mirándose el ombligo”, en un gesto que privilegia el interés personal. Estos padres aparecen, en los recuerdos, abocados a la vida cotidiana, y sus preocupaciones se vinculaban antes con los avatares de la economía que con la violencia dictatorial. En los relatos de los y las entrevistados, se construye la idea de que para muchos de los padres, el temor se había localizado en el tiempo previo a la dictadura, que media entre 1968 y 1975, con su pico de violencia a partir de la muerte de Perón y el inicio de los asesinatos a militantes populares por parte de la Triple A. Con la dictadura, el mundo parecía haber “vuelto a la normalidad”, como enunciaron varios entrevistados.

Sobre estas evaluaciones pesan no sólo la memoria colectiva y los debates políticos del presente, sino sobre todo la historia de la relación filial, ya sea la continuidad amorosa o el distanciamiento más o menos extremo con madres y padres a partir de vínculos percutidos por el autoritarismo, la frialdad, la falta de sensibilidad que los entrevistados atribuyen a sus mayores, los conflictos adolescentes irresueltos. Las miradas así van desde perspectivas más vale cínicas que cuestionan el individualismo y la silenciosa aquiescencia

de quienes, desde el punto de vista de los hijos, se refugiaron en las dinámicas cotidianas para no ver ni oír, hasta otras reflexiones comprensivas de la situación, ya porque se centran en la bondad de madres y padres en otros ámbitos de la vida o porque se identifican con la evaluación crítica de la violencia política que ganó visibilidad en etapas previas. La comprensión de los padres se da en el plano de sus razones subjetivas, la aceptación de su centración en la vida privada como el ámbito más lógico en el que desarrollan sus esfuerzos las madres y los padres “normales”, cuya cotidianeidad está escandida por las tareas domésticas y la reproducción de la vida, y que asumen como propia la premisa dictatorial de “dejar fuera la política de la mesa familiar”.

Jorge, por ejemplo, habla de su padre enfocado en las fluctuaciones de los precios que afectan su labor como chacarero y comerciante. Lo describe como el típico hombre que se preocupaba por llenar los zapatos de la función del proveedor, circunscribiendo la esfera política a la participación en la cooperativa eléctrica del pueblo, cercano a Concepción del Uruguay. Las imágenes del entonces ministro de economía Martínez de Hoz y “la 1050”,¹² llenaban la vida hogareña. En su casa, la cotidianeidad se construía políticamente alrededor de las decisiones económicas del gobierno, y se evaluaban los impactos en el trabajo, el campo, la cosecha. Ese “estar en un frasco”, desentendido de los acontecimientos políticos, también era propio de su posición como dueño del almacén de ramos generales que funcionaba como bar para los paisanos, y que por lo tanto invitaba a reservarse su opinión para mantener a la clientela. Jorge habla de su padre con afecto distanciado. No fue un mal hombre, su relación no tuvo conflictos importantes, pero vivieron mundos irreconciliables y Jorge asume que, si bien heredó las propiedades familiares y eso marca su posición como productor agrícola, se ve en las antípodas de su padre. No obstante, se posiciona continuando sus valores: una ética del trabajo y de la provisión para la familia coincidentes con una figura masculina tradicional, la importancia

¹² La circular 1050 del Banco Central de la República Argentina, emitida en Abril de 1980, ató el interés mensual de los créditos hipotecarios al valor del dólar estadounidense. En Febrero de 1981, cuando la especulación financiera llegaba a sus picos, el entonces Ministro de Economía Martínez de Hoz anunció una fuerte devaluación, que se siguió con la estatización de la deuda de numerosos grandes empresarios, la impagabilidad de los créditos de pequeños y medianos empresarios, y la pérdida de sus hogares por parte de las familias que habían comprado casas con créditos hipotecarios.

de las relaciones vecinales y en general un tono moral para aproximarse a la vida. En este terreno, la desvinculación de su padre respecto de la dictadura es, para Jorge, mucho más una consecuencia natural de sus preocupaciones cotidianas que una posición de ignorancia activa.

Hernán, por el contrario, visualiza a su padre como alguien mucho más esforzado en su distanciamiento del contexto histórico. Es alguien que “algo sabe” y procura mantenerlo fuera del contexto familiar. Así, cuando Hernán protagonizó un equívoco hecho con la policía del barrio, en Caballito, que hubiera podido costarle la vida si el juego (arrojar en la calle unos volantes del ERP hallados en un baldío) hubiera sido interpretado como una provocación, sus padres reaccionaron dejando ver toda su angustia y el peligro al que ellos consideraban, Hernán se había expuesto. Esta ignorancia activa, esta construcción esforzada de un silenciamiento de ciertos temas en el hogar, la primacía de la desconfianza en las relaciones vecinales, se trama con los afectos que resuenan en el relato, presentando una relación paterno-filial marcada por la distancia y el resentimiento.

El enojo es una marca compartida por varios de los varones entrevistados del contexto metropolitano, se dirige hacia padres que parecen encontrarse en una transición entre posiciones tradicionales ante el matrimonio y la paternidad y unas formas novedosas que comenzaban a hacerse visibles, en las que era posible conformar una nueva familia a despecho de la anterior, o reconocer la existencia de amantes y vidas paralelas, como en el caso de Mariano. Así, el “mirarse el ombligo” es extensivo a las formas de gestión de la vida privada que se visualizan como novedosas, toma el tono emocional del reproche, y articula narrativas de desidentificación, un “de dónde saliste” cargado de viejo pero actualísimo dolor.

Por su lado, Laura, que creció en Concepción del Uruguay, señala la ambigüedad de la posición de sus padres:

«mis viejos no han estado muy en desacuerdo con el proceso. Me parece más de los que pueden llegar a decir ‘bueno, no fue tan así, no hubo tantos desaparecidos’, o ‘en la época de los milicos esto que pasa ahora

no pasaba', yo me peleaba con mi viejo por ese tipo de frases y él decirme '¿Qué sabes si no lo viviste?'. Entonces, por eso te digo, era tal vez una familia que no te inculcaban nada, ni te bajaban línea, pero tampoco respetaban por ahí tu forma de pensar.»

La valoración del orden durante la dictadura, su persistencia en el presente como reclamo de seguridad y su minimización de los crímenes del pasado, constituyen una narrativa generalizada sobre el posicionamiento mayoritario. Por su parte, el juicio ético y político se concentra en la naturaleza del vínculo y en la relación intergeneracional.

Otros, por su parte, se sorprendían cuando, ya en democracia, se enfrentaban en las escuelas secundarias con compañeros y compañeras que relataban no haber sabido nada. En estos casos, la sorpresa se acompañó tempranamente (alrededor de la guerra de Malvinas) de una revalorización de la posición de los padres, que incluso permitió compensar dramáticas privadas con el reconocimiento de los pequeños gestos de coraje cívico, compromiso personal, o posicionamiento político.

Así por ejemplo, para Carolina, el coraje puesto en juego por su madre para defenderla frente a las autoridades educativas, dada su posición crítica ante la guerra de Malvinas, es valorado cálidamente, y permite contrabalancear las conflictivas relaciones con esta misma madre que se desarrollaron apenas unos años después, al comienzo de su adolescencia. Sirve para establecer conexiones afectivamente positivas con la madre, en la que ambas se posicionan, en la narrativa de la hija, en “un mismo lado”.

Pocos entrevistados señalaron que sus padres claramente “sabían”. Para Américo, su padre tuvo un gesto valioso cuando dejó traslucir sutilmente su apoyo a un parroquiano que gritó su descontento ante una imagen televisiva de Videla, en un bar de Buenos Aires –donde se encontraban de visita. Señaló en la entrevista que, a pesar de los múltiples errores de su padre en su ejercicio de la paternidad, ese gesto y su comentario posterior sobre una diferencia entre lo que la prensa mostraba, la gente creía y lo que en realidad estaba pasando, lo reivindicaban en su memoria. Para él, esos gestos se colocan en el centro de su identidad intelectual, que valora la duda como herramienta crítica y la

posibilidad de no enrolarse en el sentido común compartido, ni en las posiciones de enunciación socialmente disponibles. En el polo opuesto, Cecilia cree que sus padres no sólo “sabían” sino que convalidaban el exterminio de los militantes de izquierda. Su madre es una típica peronista de derecha, militante sindical tradicional, y desde su punto de vista, “los montos eran el enemigo, no había nada que hablar con ellos”. Si bien ella cree que desconocía la extensión y crueldad de los métodos dictatoriales (incluyendo la tortura, la apropiación de niños, las violaciones) los detenidos-desaparecidos no eran para ella en sentido estricto, “víctimas”. Pero estas son sus conjeturas frente al silencio de su madre, los negocios de su padre durante la dictadura, las relaciones sociales que cultivaban, pobladas de marinos de alto rango. Aún hoy, cuando ella se para en las antípodas, cuestiona la imposibilidad de sus padres de develar el silencio que pesa sobre este y otros aspectos de su historia familiar, y si bien no ha roto el vínculo con su progenitora, señala que es esta marca la que la impulsa a ser ella misma, una madre absolutamente diferente, posición que se trama con la identidad política en el presente: si una detesta a la expresidenta, la otra se manifiesta abiertamente kirchnerista.

Finalmente, hay quienes muestran otro tipo de complejidad con la posición de los padres frente a la dictadura. Mariano cuestiona éticamente las decisiones de crianza de sus padres, judíos de izquierda. Rememora, como punto de toque para ello, la canción que cantaban en el *schule* de Villa Lynch al que asistía cada sábado: “*con los huesos de Aramburu vamos a hacer una escalera*”. Se pregunta, entonces “en qué estaban pensando mis padres, que aceptaban esta glorificación de la muerte?”.

La crítica afectiva, ética y política a las decisiones de los padres es compartida por otros entrevistados que vivieron la actividad política de madres y padres durante la dictadura, así como ha sido identificada en la obra cinematográfica de hijos e hijas de militantes populares (Llanos, 2014). La percepción de formas de descuido en el tiempo dedicado a la militancia y restado a la vida familiar, de un trabajo requerido a los hijos y asociado a las tareas domésticas que es vivenciado como excesivo, y a la aceptación callada de las reglas del juego, establece en algunos testimonios una oposición tácita entre la vida política y la vida familiar. La actividad de su madre en una organización de mujeres

feministas de izquierda se traducían, en el relato de Alejandra, que vivía entonces en La Paternal, en la necesidad de reponer cuidados hacia sus hermanos menores.

En ambos casos, no obstante, el reproche se detiene un instante antes de enunciar la sensación de descuido vinculada con una comprensión de la vida familiar asociada a los cuidados y la intimidad, ideal familiar que era estallado por las necesidades de la protección ante el estado dictatorial, el feminismo de algunas militantes, y la incorporación de la política proscripta. El tópico del cuidado, su asociación con formas de intimidad familiar que reproducen el texto de la autoridad paterna y la amorosidad materna, conforma un punto de toque para articular los relatos de formas disidentes de vida familiar, y constituye un eje narrativo para hacer sentido del sufrimiento. El reproche, explícito o mudo, permite la construcción de una distancia, una zona de desligazón y de des-identificación, de establecimiento de una diferencia, que opera a nivel de la identidad.

Al mismo tiempo, la construcción de estos modos de disidencia feminista y de izquierdas como los lugares donde no operaba el cuidado de los niños, donde el cuidado infantil resultaba secundario a otros propósitos, aparece como una huella de los procesos de construcción de las ideas de la vida privada familiar como separada y aislada. En efecto, el lugar de los niños como foco de la actividad familiar y centro de la afectividad, es reconstruido en algunos testimonios como una mitificación, con efectos de disciplinamiento. Verónica reflexionó sobre esto señalando que la idea del cuidado de los niños en el contexto pueblerino era, antes bien, una forma de narrar de manera positiva las relaciones intergeneracionales autoritarias y basadas en el respeto temeroso expresado unilateralmente desde los niños a los adultos, muy lejos de nociones contemporáneas de cuidado. Fátima recuerda haber sentido el tono condescendiente y de condena moral con que la señalaban en la escuela cuando sus padres se separaron a inicios de 1980, y María José recuerda cómo su madre resultaba visiblemente diferente de las de sus compañeros de escuela, al no ser ama de casa, y ello redundaba en un marcado aislamiento social, en especial de su hermana.

Por otro lado, las diversas actitudes de resistencia, adaptación, distanciamiento, consenso, son recordadas e interpretadas histórica, política y afectivamente. Las visiones

críticas, condescendientes, crueles, comprensivas, sobre el conocimiento, sobre el posicionamiento ideológico y las prácticas políticas de madres y padres, no se agotan, no obstante en la constatación de las decisiones políticas. Éstas tienden a ser ponderadas en un continuo con el tono emocional general con que se retrata a madres y padres. Las formas de procesar las relaciones paterno-filiales en términos de autoridad, moralidad, autonomía y cuidado, se vinculan estrechamente con los recuerdos de acciones e inacciones, silencios y posicionamientos explícitos.

Desde el cuestionamiento al traslado de responsabilidades de cuidado a las hijas mayores, como la distancia crítica sobre las expectativas de género transmitidas que se perciben en continuidad con el acuerdo tácito con el “no te metas”, hasta las críticas ideológicas a los valores morales en los que se fue criado, en todas esas evaluaciones, no sólo juegan un papel los sucesos del presente, como en todo trabajo de memoria, sino una expectativa moral y normativa sobre el papel de los adultos al cuidado de niños, y la compleja trama de sentimientos y afectos con que se construyen las relaciones paterno-filiales o materno-filiales. En una dirección diferente, pero igualmente mostrando el papel normativo de las ideas sobre la familia que articulaban el proyecto dictatorial (Filc, 1997), el divorcio de los padres y la inadecuación de la madre al papel doméstico era una marca que funcionaba como estigma en el contexto vecinal o escolar de Concepción del Uruguay, como señalé antes. Esta inadecuación era vivida como sufrimiento subjetivo y aislamiento social.

Esto es, las relaciones filiales, cuya materia es ese precipitado casi en capas geológicas de afectos y señas de identidad, procura a las y los entrevistados un material de singular densidad y resistencia al procesamiento más o menos distanciado de los modos en que lo dictatorial fluía hacia dentro del hogar y en las tramas familiares, a pesar que el posicionamiento de los sujetos tenga la característica de una *implicación inocente* que les permite una revisión menos defensiva sobre tal pasado. En otras palabras, a las y los entrevistados les resulta especialmente difícil considerar la trama cotidiana de la dictadura: la ponderan, la expresan, pero antes que un proceso histórico externo o contextual, constituye uno de los hilos con que se teje la dramática familiar y el tono

subjetivo general con que se rememora el pasado. Marca una sensibilidad que es recuperada de manera explícita como núcleo de la fabricación de sí (Cabezón Cámara, 2012) tanto para incorporarla como para rechazarla, y traza una continuidad con las posiciones sobre el pasado y el presente.

Los niños como testigos del pasado

A esas miradas evaluativas de las posiciones parentales se agrega el propio conocimiento sobre la dictadura, para abrir preguntas sobre la inscripción en una genealogía y la reconstrucción, como adultos, del lazo filiatorio.

Lo “no sabido” era desafiado por los entonces niños, y si bien un supuesto “pleno sentido” permanecía incierto (del mismo modo que para la mayoría de los adultos) la dictadura adquiría aún así textura cognitiva, moral, emotiva y política. La minucia del recuerdo de la vida cotidiana y los modos de procesar lo dictatorial en gestos mínimos –la certeza del peligro de recortar la palabra guerrilla en una tarea escolar, la indicación persistente y generalizada de no levantar paquetes del suelo por temor a que sean bombas, la disciplina escolar mimetizando la rígida disciplina militar, etc.- son recordados como instancias relevantes, y así, recortados de la masa continua de gestos cotidianos.

Desde su peculiar perspectiva los entonces niños y adolescentes fueron capaces de distinguir las relaciones cotidianas en su densidad autoritaria, y su articulación con una moralidad ordinaria (Das, 2012) desplegada en las formas de establecimiento de regulaciones sobre el cuerpo encarnadas en prácticas escolares (vinculadas con la presentación de sí, la distancia apropiada entre los cuerpos, la constitución de lo femenino y lo masculino en las prácticas deportivas, en los modos disciplinares, en la textura moral de la gramática escolar) su presentación en el espacio público, las regulaciones del pudor y la moral en el vestido, en las imágenes de los cuerpos femeninos en el cine y las revistas, etc. Estas regulaciones corporales y las jerarquías y distancias generacionales, los modos de actuar la autoridad, son recordadas por la mayoría de las y los entrevistados.

El cambio en los patrones culturales cotidianos que implicó la dictadura, las formas sonoras y sensibles de la vida cotidiana “gris” y “catolicona” en palabras de varias entrevistadas, su textura moral y política, es diáfana en muchos recuerdos, en contraste con procesos anteriores (la prohibición del carnaval, por ejemplo) y posteriores (el “destape” de la recuperación democrática).

La ponderación del contexto dictatorial, como señalé antes, requirió de la narrativa histórica provista por la recuperación democrática. Todas las huellas precedentes, huellas significativas y densas, fueron reordenadas en una narrativa histórico-política, ya no como huellas de experiencias singulares sino compartidas, a partir de la narrativa colectiva que proveyó, sobre todo, la labor de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas(CONADEP) en el establecimiento de la magnitud y profundidad de la represión en el contexto de recuperación democrática. Narrativas que fueron revisitadas en los últimos años, y que forzaron una nueva interrogación a partir de la presencia legitimada y constante de los organismos de derechos humanos en la escena pública y de los discursos institucionales sobre la dictadura.

En ese escenario, una marca generacional importante, compartida por una gran parte de los entrevistados,¹³ parece radicar en un distanciamiento con los padres que no tenían interés en la política. Así, un des-reconocimiento hiende el lazo filiatorio, y las identidades políticas de una parte de la generación crecida en dictadura revierten críticamente sobre las identidades políticas de los padres. Preguntas inapropiadas en la mesa familiar, interés temprano de niños y niñas en noticieros televisivos y una incipiente –y muchas veces resistida por los padres- incorporación a la actividad política en centros de estudiantes y marchas jalonan la sensación de distancia, puntuada por frases como “de dónde saliste vos?”.

¹³ Las/os entrevistados provienen de sectores medios (altos y bajos) y obreros. Un tercio de ellos son hijos o nietos de personal de fuerzas de seguridad (militares y policías), y un quinto alcanzó sólo el secundario completo, en tanto el resto tiene terciario o universitario completo, una parte hasta el nivel de doctorado. Alrededor de la mitad participaron en los tempranos ochenta de los centros de estudiantes secundarios, y en cuatro casos continúan una participación política partidaria orgánica. En un cuarto de los casos padres o madres se manifestaron abiertamente a favor de la dictadura. Sólo cinco de las personas entrevistadas dejaron entrever que el “cierre” del pasado les resultaba necesario, cuestionando el presente relato institucional sobre los crímenes de la dictadura y reclamando una mayor preocupación por “la inseguridad”.

La recuperación democrática proveyó un escenario para que la aparentemente aniquilada tensión intergeneracional llevada a su pico con la radicalización política de las décadas de 1960 y 1970, reapareciera bajo la forma de intereses disidentes, de hijos que ponían en cuestión las dimensiones políticas, culturales y simbólicas del lazo filiatorio mediante su inmersión adolescente y generalizada en la primavera democrática inaugurada en 1983, al son del rock nacional (Manzano, 2016).

Con ese movimiento, se les crean problemas a la hora de pensar la transmisión y el legado a las nuevas generaciones. Se preguntan, como seguramente cada nueva generación, qué hicieron los padres frente al predicamento que les tocó vivir, y qué harán los hijos con su memoria. Algunos de los entrevistados se colocan en un pasado melancólico, refrendado en frases como “crecimos en un mundo que ya no existe más”, reubicándose cerca de los padres y centrando su interés en la reproducción de la vida cotidiana. Otros, a medio camino entre un pasado melancólico y un pasado que sirve de testimonio al presente, dan peso ético a las decisiones sobre la transmisión, procuran alentar en sus hijos una apreciación de las posiciones militantes o rupturistas con las que construyeron sus propias posiciones identitarias. Otros finalmente señalan el carácter paradójico de ese pasado, despreocupado y protegido, pero ensombrecido por el terror: “Eso era lo normal y como que los momentos de felicidad y demás discurrían en medio de todo eso, entonces, no daba como para pensar” (María José).

El carácter conflictivo de la relación intergeneracional, en la que la transmisión adquiere visibilidad en su dimensión fallida, se torna en algunas circunstancias en un rasgo amenazante, tornando esa “flecha arrojada al futuro” que son los hijos, en potenciales traidores, capaces de hacer zozobrar las identidades paternas y el deber de memoria. Posición paradójica en tanto el pasaje que supone la memoria es siempre una traición (Hassoun, 1996). Imágenes tales como el “huevo de la serpiente”, señalan un temor peculiar puesto en palabras por una entrevistada: “creo que hemos perdido el impacto de que el Estado sea el terrorista. Es decir, la fatalidad no sé si hemos logrado transmitirla como una cuestión nueva a mirar”, como ya señalé al inicio. La preocupación por el extrañamiento de hijos y jóvenes estudiantes sobre lo dictatorial, el desinterés de las

nuevas generaciones por ese pasado, es una preocupación de muchos de los entrevistados. Preocupación sorprendente, en tanto las nuevas generaciones constituyen, en muchos casos, la de sus propios hijos...

Consideraciones finales.

Su padre se encoge de hombros. No puede encontrar palabras lo bastante amplias para abarcar la repugnancia que le causan, por un lado, unos matones que asesinan mujeres y niños inocentes y, por otro, unos terroristas que guerrear desde refugios situados al otro lado de la frontera. Resuelve el problema enfascándose en los resultados del críquet. Como reacción a un problema moral, es inadecuada. Sin embargo, ¿acaso es mejor su propia manera de reaccionar, esos accesos de rabia y desesperación?

J.M. Coetzee, Verano.

Los dilemas de las posiciones de los adultos y la propia posición ante el pasado como densa trama histórica que configura los pliegues subjetivos, fueron reactualizados para toda una generación por la presencia de los debates políticos y las políticas de derechos humanos y de memoria de la última década, que sucedieron a la institucionalización de la impunidad durante la década de 1990. Así, incluso aquellos sujetos que desearían constituirlo como un pasado pasado, y no como un pasado testigo del presente, se vieron obligados a confrontarse con la reactualización de aquellos dilemas morales profundamente inscriptos en la trama biográfica. Lejos de una naturalización de la violencia como sentido común, y de una despolitización de la experiencia, muestran múltiples posiciones que traman dimensiones políticas y éticas en la vida cotidiana, muestran los esfuerzos por construir una vida ordinaria en tiempos oscuros, donde múltiples transformaciones políticas, sociales y culturales estaban teniendo lugar.

Por su parte, también el registro biográfico reclama un nuevo pliegue frente al pasado. El desplazamiento de la pregunta por y de los hijos, atravesada por densidades filiatorias y por una política educativa que coloca el tema de la dictadura en el horizonte de las nuevas generaciones, ¿qué tensión coloca en la posición de los hoy adultos?, ¿los constituye en “guardianes de memoria” juzgando el pasado, en aquellos que eliden el juicio moral, o bien en quienes producirán el silenciamiento del relato sobre el pasado? ¿Se posicionan en sintonía con los activistas cuya perspectiva supone una interpelación

esperanzada –pero también normativa- hacia las y los jóvenes (Sutton, 2015)? ¿O bien abren el futuro a la zozobra que produce la pérdida de los relatos ordenadores del “mundo que ya no existe más”?

La experiencia infantil es un registro de primera mano, que no toma los lazos familiares sólo como vehículos de transmisión de memoria o de identidades políticas y que permite analizar cómo la influencia familiar entra en tensión con otras. La trama identificatoria provista por los lazos familiares es puesta en cuestión, auscultada a partir del doble tamiz de las vivencias y el contexto histórico de recuperación democrática y apertura política. Así, surgen las tensiones respecto a, por un lado, ¿cómo horadar las representaciones sobre los propios padres como víctimas ignorantes de lo sucedido?, ¿cómo recuperar las formas en que es posible rastrear sombras de continuidad entre las posiciones políticas cotidianas y el discurso autoritario y las prácticas represivas? Por el otro, ¿cómo mantener identificaciones con esos padres? El esfuerzo que impone la tramitación de estas preguntas se da como trabajo filiatorio, emocionalmente cargado. La sensibilidad recuperada en la narración de lo infantil se conecta con la identidad política del presente, pero a su vez el registro en que tal sensibilidad es recuperada, ya sea mítico, épico o dramático, tiene una función política, ya sea porque recupera el texto moral de la dictadura como modo normal de construir la intimidad familiar y herramienta de juicio sobre los comportamientos de padres y madres; ya porque recupera las incomodidades de la infancia para señalar una continuidad del yo.

La puesta en sentido histórico político del pasado no necesariamente es “usada” como “saber”, para determinar la responsabilidad o complicidad de los padres, sino más bien se desplaza a la continuidad del lazo filiatorio, contribuye a una ruptura de las identificaciones. Hay un hiato simbólico connotado por el extrañamiento respecto de la herencia familiar, “¿de dónde saliste?”. En otros casos, es desplazada hacia la valoración del esfuerzo de los adultos para constituir una normalidad familiar, donde es aceptable desentenderse del contexto político para abocarse a las tareas de la provisión y el cuidado. Esta posición de enunciación implicada pero no responsable por el pasado, sí se responsabiliza, no obstante, por su transmisión. Ni trauma ni secuela, la infancia en

dictadura obliga a los adultos hoy a enunciar una pregunta por la generación de los padres y por la generación de los hijos.

Referencias

- Arendt, Hannah (1993). *La condición humana*. España. Editorial Paidós
- Arfuch, L. (2014). (Auto)biografía, memoria e historia. En *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*. Número 1, marzo 2014, pp. 68-81.
- Aulangier, P. (1986). *Aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. España. Amorrortu Editores.
- Bjerg, M. (2012). *El viaje de los niños: inmigración, infancia y memoria en la Argentina de la segunda posguerra*. Edhasa.
- Boero, M. S., & Marguch, J. F (2011). Los topos de Félix Bruzzone, o la memoria como potencia. *Actas del Encuentro Internacional "Fecundidad de la memoria"*. Buenos Aires. Planeta.
- Cabezón Cámara, G. (2012). De la pose o el yo como obra de arte. Entrevista a Silvia Molloy. Jueves 26 de julio de 2012. http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/Silvia-Molloy-De-la-pose-o-el-yo-como-obra-de-arte_0_740925916.html?print=1, [accedido en abril 2013]
- Carassai, S. (2013). *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Buenos Aires. Siglo XXI
- Carli, S. (2011) *La memoria de la infancia. Estudios sobre historia, cultura y sociedad*. Buenos Aires. Paidós.
- Cosse, I. (2014). Comentarios en las Jornadas "Infancia y Dictadura", realizadas 9 y 10 de diciembre de 2014 por el CEDESI / UNSAM.
- Cosse, I. (2015) "Militancia, sexualidad y erotismo en la izquierda armada en la Argentina de los años setenta", en Dora Barrancos y Adriana Valobra, *Historia de la moral sexual y la sexualidad*. Buenos Aires. Editorial Biblos.
- Das, V. (2012) *Ordinary Ethics: The Perils and Pleasures of Everyday In A Companion to Moral Anthropology*, edited by Didier Fassin, 133–149.

- Delany, S. (1988) *The Motion of Light in Water. Sex and Science Fiction Writing in the East Village*. New York, Arbor House.
- Filc, J. (1997) *Entre El parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983 (Argentina)*. Buenos Aires. Editorial Biblos.
- Freud, S. (1996). *La novela familiar de los neuróticos (1908)*. Obras Completas, Volúmen 9.
- Fried, G. (2011) "Private Transmission of Traumatic Memories of the Disappeared in the Context of Transitional Politics of Oblivion in Uruguay (1973-2001): "Pedagogies of Horror" among Uruguayan Families. Francesca Lessa and Vincent Druliolle (eds.), *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay* Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan.
- Halbwachs, M., & Coser, L. A. (1992). *On collective memory*. University of Chicago Press.
- Hassoun, J. (1996). *Los contrabandistas de la memoria* (Buenos Aires: Ediciones de la Flor)
- Hirsch, M. (1997). *Family Frames: Photography, Narrative, and Postmemory* (Cambridge: Harvard University Press).
- Kaiser, S. (2005) *Postmemories of Terror: a New Generation Copes with the Legacy of the "Dirty War."* Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Lahire, B. (2007). *El Espíritu Sociológico*. Buenos Aires. Editorial Manantial.
- Levey, C. (2014). *Of Hijos and Niños. Revisiting Postmemory in Post-Dictatorship Uruguay*.
- Lorenz, F. (2004): "Tomala vos dámela a mí". *La noche de los lápices: el deber de memoria y las escuelas*. En Jelin Elizabeth y Lorenz Federico, *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado*.
- LLanos, B. (2014). *Caught off Guard at the Crossroads of Ideology and Affect: Guerrilleras, Mothers and Daughters in Contemporary Argentine and Chilean Documentaries*. in *Latin American Documentary Filmmaking in the New Millenium*. Eds. Michael Lazzara and Guadalupe Arenillas, Palgrave.
- Manzano, V. (2016) *Presentación en Jornadas Generaciones y Dictadura. La adolescencia en el terrorismo de estado*. UNSAM, Septiembre 2016.

- Maynes, M. J. (2008). Age as a Category of Historical Analysis: History, Agency, and Narratives of Childhood. *The Journal of the History of Childhood and Youth*, 1(1), 114-124.
- Portelli, A. (2007). *The Order Has Been Carried Out. History, Memory, and Meaning of a Nazi Massacre in Rome*. New York. Palgrave Macmillan.
- Radstone, S. (2008). Memory studies: For and against. *MemoryStudies*, 1(1), 31–39.
- Raggio, S. (2005). La enseñanza del pasado reciente. Hacer memoria y escribir la historia en el aula. *Clio y Asociados*, 1(8), 95-111.
- Ros, A. (2012) *The Post-Dictatorship Generation in Argentina, Chile, and Uruguay: Collective Memory and Cultural Production* Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Sabsay, L. (2008). Deseo y discurso en el sujeto (feminista) de la performatividad. En: Catanzaro, Gisela y Arfuch, Leonor eds. *Pretérito imperfecto. Lecturas críticas del acontecer*. Buenos Aires. Prometeo. 187-217
- Salvi, A. (2016). De vencedores a víctimas. La memoria institucional del Ejército Argentino. En *Revista Haroldo. Revista del Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti*. <http://revistaharoldo.com.ar/nota.php?id=114> [Consultada el 26/3/2016]
- Sarlo, B. (1987). Política, ideología y figuración literaria. En Balderston, Daniel, y otros. *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires. Alianza Editorial.
- Sarlo, B. (2002) *Tiempo Pasado. Cultura de la Memoria y Giro Subjetivo. Una Discusión*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Scott, J. (2001). Fantasy Echo: History and the Construction of Identity. *CriticalInquiry*, Vol. 27, No. 2. (Winter, 2001), pp. 284-304.
- Schindel, E. (2005). El sesgo generacional del terrorismo de Estado: niños y jóvenes bajo la dictadura argentina (1976-1983). En Bárbara Potthast y Sandra Carreras (eds.), *Entre la familia, la sociedad y el Estado. Niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)* (Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert).
- Serpente, A. (2011). The Traces of “Postmemory” in Second-Generation Chilean and Argentinean identities. Francesca Lessa and Vincent Druliolle (eds.), *The Memory*

of State Terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay
(Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan).

Stoler, A. L. (2010). *Along the archival grain: Epistemic anxieties and colonial common sense*. Princeton University Press.

Sutton, B. (2015). Terror, testimonio, y transmisión: sobrevivientes de centros clandestinos de detención en Argentina (1976-1983). *Mora* (Buenos Aires), 21(1).

Traverso, E. (2011). *El pasado, instrucciones de uso*. Buenos Aires. Prometeo Libros.

Vezetti, H. (2007). Conflictos de la memoria en la Argentina Un estudio histórico de la memoria social. En Anne Pérotin-Dumon (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php